



PIDO UNA ESTATUA

PIDO una estatua, aunque no para mí. Yo ya estoy curado de espanto. La pido para el Censor. Sí, como se barrunta, ganan los demócratas, la figura del Censor, tal como la conocimos en los años cuarenta y cincuenta, desaparecerá entre los fósiles, empujada por lo que llamaremos (seamos generosos) la evolución dialéctica. Ahora hay censores, pero vergonzantes. Sin liberales frustrados, que, de todos modos, trabajan sin convencimiento, y sin apelaciones al Dios del Sinaí. Censores de pitimini, más bien de índole técnica que moral. Se diría, viéndoles, que más que hacer cumplir las órdenes del Cielo se aplican sin demasiado entusiasmo a sacar adelante un aburrido expediente. Aquel gran Censor integral, que oía «voces», como Isaías o Moisés, ha desaparecido prácticamente. Quedan sus víctimas, horriblemente amputadas, en rincones que ya

nadie vigila, en las ciudades sobre las que nadie hace caer lluvia de fuego, en los bosques en cuyo fondo han dejado de oírse los gemidos de los adolescentes que miraron una vez la carne desnuda y sensiblemente esférica. Pido una estatua para ese Censor, y pido también que un ejemplar, escrupulosamente disecado, haga honorable compañía al diplodocus del Museo de Ciencias Naturales. Como dicen los de ICONA, debemos cuidar nuestra fauna, sobre todo aquellas especies que están a punto

de desaparecer. Yo veo al Censor, allí arriba, sentado sobre la «Summa Theologica» de Santo Tomás. El Censor censuraba a todos, al hombre, a la bestia y al ángel, era la potestad y la dominación, era, dejémonos de ironías, una criatura disciplinada. Pero contemplado en la lejanía, el Censor resulta inofensivo y tierno. Tenemos en el Retiro una estatua al Ángel caído, no sé por qué no vamos a poder tenerla al Censor, ahora que se esfuma. A los censores de hoy, sin vocación, sin esa fe que mueve montañas, sin verdadero amor al oficio, porque estos son otros tiempos, no les parecerá mal. Siempre es agradable saber que hubo alguien peor que nosotros. Una buena pulmonía se cura con las escrófulas del vecino, ya se sabe. En fin, levantemos la estatua al Censor. Que no se diga que España es el país de la ingratitud.

■ LICANTROPO.